



Foto de Steve Johnson en Unsplash

C.
CUENTO

BETTY
SOTO FERNÁNDEZ

Celebración

El olor a uvas fermentadas anunciaba un gran acontecimiento en casa de los Sinpar. A Lavinia le hizo correr al baño y permanecer allí durante media hora. Su aversión a este olor tan asociado a los festines y a las sonrisas pueblerinas la mantenía arrodillada al inodoro, mientras se preguntaba, cuando podía pensar, qué celebrarían sus padres esta vez.

A medida que bajaba las escaleras, el olor dulzón y avinagrado de las uvas se expandía como una niebla violenta, y cuando llegó a la cocina quedó petrificada: enormes vasijas almacenaban litros de líquido rojizo y espumoso. Las mujeres de mandiles criminales trasladaban las tinajas con ayuda de hombres fortachones, salpicados de rojo, de un aire tan abstraído que parecían asesinos seriales. La boca de Lavinia se llenó de espuma y su garganta de vinagre. Vomitó.

—¡Hija mía! —gritó doña Sinpar, y sin importarle andar por el reguero de pan con manteca revuelta que había arrojado su hija en el suelo, la abrazó contra sí y la consoló—: no, no temas, no te diré nada porque son las disposiciones de tu cuerpo. Hoy tú no eres culpable de nada.

En circunstancias normales, Lavinia habría sido encerrada en su cuarto hasta el anochecer, pero hoy los criados limpiaron sus impurezas, la llevaron en brazos hacia el comedor y la sentaron a la cabecera de la mesa, cual matriarca envejecida. Sus padres, a la usanza de los plebeyos, la siguieron al lado y le sonrieron con el ímpetu de los perros hambrientos. Cuando la pequeña pensó en preguntar algo, su boca, su nariz y sus ojos se perdieron entre las torres de pan, manteca, pichones fritos y leche que dispusieron para su desayuno. Lavinia olvidó sus dudas y se lanzó al banquete a toda prisa, aunque los ojos y los labios demasiado arqueados de sus padres la inquietaban.

—Ya es verano... ¿Por qué me dejan comer tanto? —preguntó de pronto la muchacha.

Sus padres no dejaron de sonreír; tampoco la riñeron. Llamaron a una de las criadas y le dirigieron una sonrisa cómplice. La mujer, con el mandil todavía rojizo, volvió con un abundante fajo de hojas y lo reemplazó por la torre de panes, manteca y pichones. Doña Sinpar y don Eusebio instaron a Lavinia a descubrir el tesoro, pero ella solo pensaba en los pichones y la espesa salsa que despleaban sus alas rostizadas.

—Verás —empezó su madre, al descubrir la decepción de la niña—. Ya tienes doce años. Tu vida pronto cambiará y...

Entonces Lavinia supo que se enfrentaba a un discurso familiar, salpicado de rodeos, trampas y mil volteretas, en los que pasaría más de una hora para escuchar algo sensato y posteriormente la verdad del asunto. Así que taponeó su interior y se entregó a la lectura de esas hojas que resultaron ser calendarios, que se remontaban incluso doce años atrás, con las fechas atrapadas en círculos rojos e inscripciones ininteligibles, con tantos signos de exclamación y notas sobre su estatura, la cantidad de huevos negros que arrojaron los sustos que la aquejaban de niña, algunas sumas y multiplicaciones, dibujos de árboles repletos de rostros... no podía entenderlo, pero había tanto rojo en esos calendarios y tanto olor a uva corriendo por el comedor que Lavinia no pudo soportarlo. Se levantó enérgicamente de la mesa y vomitó.

Cuando Lavinia despertó, aún era de noche. Los calendarios yacían a su lado como un enigma, así como un vestido nuevo color fresa y unos zapatos, también nuevos, de discreto tacón. Una criada la vistió, la peinó como a una mujer de revista y la condujo al comedor.

El pueblo entero se hallaba en casa de los Sinpar. Todos aplaudían a Lavinia como un gobernante rollizo y amante de los niños. Un hombre de cabellos largos lanzaba incienso de romero a diestra y siniestra. La fastuosidad del comedor anunciaba algo, sin duda: los candelabros de plata, coronados con llamas que parecían flotar, perfectas y naranjas; por fin el vino, sin el aroma molesto de las uvas fermentadas, rojo; y, en el centro, el banquete, patos rellenos con guindones y manzanas, acompañados de una succulenta ensalada de trigo y espinaca. Lavinia y sus padres estaban felices, aunque no rebosantes de dudas como ella.

Como sucede en los banquetes familiares, mientras las bocas se llenaron, un sinfín de trivialidades amenizaron la conversación. Solo cuando los estómagos se volvieron duros y la acidez quemó las entrañas, Doña Sinpar y don Eusebio se embarcaron en una cháchara que se remontaba a los meses en que la pequeña flotaba contenta en el útero y *"tu madre y yo decidimos investigar el día de tu femineidad"*. El sermón continuaba por recovecos inexplicables que incluían frases como *"cuerpo presto"* y *"regalo de cada mes"*. Aquello y el vino, virgen en el cerebro de Lavinia, provocó en ella una reacción letárgica que le hizo perder el hilo de la conversación. Luego escuchó algo como *"tu cuerpo crecerá"*, *"la castidad"* y... terminó por sumir su consciencia en sombras.

Las calles del poblado, estrechas, sucias y empedradas, tus zapatos morados corren tras él. Se jalonean, ríen y roban mazorcas de maíz maduro para tirárselas a los perros... "tu cuerpo crecerá"... llegan a una casita pequeña sin pintar, como de juguete, hecha de troncos de Guayaquil.

*La circunda un terreno baldío, con perros furiosos alrededor, pero él ríe y tú también, ríes por él y por sus ojos de niño grande y ese pelo ensortijado. Cuando los perros se cansan de gritar, él te coge un dedo y te sonrojas, pero él juega y tú sigues sonrojándote. Se tienden sobre la hierba seca a contemplar el cielo celeste y agrietado del pueblo, pero tú miras sus ojos... **“Los chicos ya no mirarán tu rostro”**... y un escozor extraño corre por tus muslos, ¡ay!, Lavinia... **“tu cuerpo crecerá”**, y luego te atosiga como si te quemara la entrepierna y te sientes muy nerviosa, alegre, nerviosa, como un sol, como sin piel... y le tocas la mano, ¡pum!, ¡pum!, las plumas vuelan al cielo. Ríes con la cara ardiente, pero él no ríe contigo, y todos los olores del campo se vuelven tan sucios como en la ciudad. ¡Pum! ¡Pum!, y las aves salvajes caen entre ustedes, y entonces tocas su cuello, pero él corre y tú con él, como si el pueblo fuera a derrumbarse por esas balas que van tras los animales... ¿o son los animales?... **“Porque los hombres solo quieren una cosa de la mujer”**... ya no ríe, ya no te coge un dedo, ya no juega porque lo tocaste muy aprisa y **“las mujeres nunca deben ir aprisa”**... **“ellos ya no mirarán tu rostro”**... La noche cae oscura y sin profundidad en el pueblo. Vuelves sola, con el cuerpo maltrecho y haces lo posible para no sentirlo más: comes.*

—¡Lavinia! ¡Lavinia! ¡Despierta, niña! —gritaban sus padres.

Lavinia abrió los ojos. Durante unos segundos la realidad le pareció un zigzag incontrolable, después supo que irremediamente era ella y que al frente, descomunales y tristes, estaban sus padres. Cuando trató de levantarse sintió un líquido caliente correr entre sus piernas. Tanteó con sus dedos y estos se tiñeron de rojo, y en el suelo, un charco rojo.

—¡Estoy muerta! —exclamó Lavinia, presa del pánico.

—¡Ya eres una mujer! —gritaron sus padres y brindaron con vino.